

**Jauffret, Régis**

El amor es eso. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2011.  
99 p. ; 20x13cm.

Traducido por: Ignacio Rodríguez  
ISBN 978-987-26401-5-6

1. Narrativa Francesa. 2. Relatos. I. Rodríguez, Ignacio, trad. II. Título  
CDD 843

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère français des Affaires Étrangères et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia y del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Título original: *Ce que c'est que l'amour et autres microfictions*

© 2007, Éditions Gallimard.

© de la traducción: Ignacio Rodríguez

1ª edición: enero de 2012

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

PROHIBIDA SU VENTA EN ESPAÑA

© Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-26401-5-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

# El amor es eso

RÉGIS JAUFFRET

Traducción

IGNACIO RODRÍGUEZ

 **Dedalus** Editores

## Bebé nuevo

Uno puede amar durante mucho tiempo a una mujer que ya no quiere estar con uno, y porque uno todavía la ama, casarse con su hija. Aquella mujer había sido mi tutora en la universidad y teníamos amoríos clandestinos. Me dejó al cabo de algunos meses por un estudiante de licenciatura. Hoy sé que yo sólo era un juguete sexual para ella, un pene joven enclavijado a un cuerpo de adulto cuya piel había conservado como reflejos de adolescencia.

Su hija siempre ignoró nuestras relaciones, pero revolviendo una vez la cartera de la madre encontré una foto de ella jugando al tenis. Después de la separación, una rápida pesquisa me permitió descubrir el club del que era socia. Tres semanas más tarde, lograba llevarla a la cama. Antes de cada relación sexual, agujereaba el preservativo con una aguja. Logré convencerla de que no abortara, y de que se casara conmigo por imaginarias razones de orden moral.

Desde entonces, cada vez que la siento a punto de escaparse, da a luz al año siguiente a un bebé nuevo cuyos

tres o cuatro kilos le impiden huir, como un grillete. Todavía no somos una familia numerosa, nuestros cuatro hijos hacen de nosotros una pareja tan solo meritoria. Para darle ánimo, antes de cada nacimiento le regalo una joya. Se la deja sin estrenar a las enfermeras.

—Te amo.

—Sé que no.

Se niega a dejarme entrar a la sala de parto. Espero la entrega con su madre enfrente de la máquina de café. Se volvió triste, y me odia. Por su inteligencia, su perseverancia natural, entendió desde el principio que mi amor era una maniobra para obligarla a que formara parte de mi vida. Trata de no mirarme a los ojos, de no besarme en la mejilla. Pero en las reuniones familiares me gusta escucharla hablar, aunque es lo suficientemente hábil para no dirigirme a mí directamente ni una sola palabra. Y además, me lavo las manos en su baño, entre sus productos de maquillaje, sus frascos de perfume. La respiro.

—Te amo.

Ella no responde. Hace como que sigue tomando el vasito de café. Mira el estacionamiento a través del vidrio. La escucho sollozar suavemente, mientras su hija sigue pujando jadeante a mi prole.

## Felicidad estricta

El sol está prohibido en el living de mi departamento, recién abro las persianas a la noche, cuando hace ya largo rato que anocheció. Incluso en el mes más profundo del invierno te enceguece, recorta a la gente y a los objetos como una navaja de afeitar. Prefiero la claridad de la luna cuando todavía no está llena, la de las lámparas, la de los veladores.

Vivo de la renta de los alquileres de este edificio cuyos seis pisos me pertenecen y del cual sólo ocupo cien metros cuadrados.

—Nunca trabajé en otra cosa que no fuera incrementar mi comodidad psíquica.

Estoy casado desde hace treinta años. Me negué a tener hijos para evitar propagarme, y por miedo al ruido. A mi mujer le gusta la luz y la agitación, le insisto para que salga, para que se agarre una insolación en el parque Monceau, para que escuche las motos arrancar cuando el semáforo está en verde, para que participe de una multitud de contornos demasiado nítidos al atravesar la ciudad de lado a lado.

Cuando vuelve me describe las publicidades nuevas,

me habla de una canción que escuchó por la ventanilla abierta de un auto, de una calle hundida por el martillo neumático, de una mujer desnuda bajo su vestido mojado por una tormenta de julio, de un perro importado, ancho, casi amarillo, de patas cortas, que una señora emperifollada, llena de liftings y sin embargo visiblemente sexagenaria desde hace una eternidad, pasea con una correa.

—También vi a un hombre con cara de espárrago.

Mi mujer es una prótesis eficaz, un brazo articulado que cosecha la información que necesito para tener contacto diario con el mundo exterior.

De todos modos una vez por semana salimos a cenar a una cantina. Nos sentamos siempre en la misma mesa perdida en uno de los rincones del salón, desde donde puedo observar discretamente a los clientes, y descartarlos como un legista que acecha seres vivos desde su almiar a cambio de una compensación financiera o de una caja de habanos.

Tengo el oído bastante agudo para distinguir sus palabras, el cerebro bastante vivo para seguir en paralelo varias conversaciones a la vez. Me hundo en sus vidas como en un estuche, descubro en sus carcajadas los dramas que han cubierto sus existencias, y en sus maneras de llevarse el vaso a la boca, de cortar la carne, con mano blanca y fina, o pesada y cubierta de cicatrices, detecto las frustraciones que les impedirán siempre flotar como yo en una felicidad estricta.

## Cornudas hirvientes

—¿Me amás?

—Hace demasiado calor.

Olivier no se da cuenta de que las mujeres son muy sensibles a las condiciones climáticas. De que cuando el termómetro pasa los treinta grados se vuelven incapaces de experimentar el menor sentimiento. Sólo piensan en darse una ducha fría, o en tirarse al mar si tienen la suerte de estar recostadas en una playa. El otoño con sus chaparrones tampoco es propicio para grandes efusiones. Y después, cuando las hojas de los árboles empiezan a caer y nos encontramos en la calle con chicos pobres que llevan mochilas sobre los hombros como los molineros sacos de harina, se les llenan los ojos de lágrimas.

—Las mujeres se compadecen.

El invierno es una estación demasiado cruda, y los radiadores de la calefacción central no se parecen en nada a los jóvenes galanes de las obras de Musset.

—Queda la primavera.

Pero muchas primaveras son lluviosas, horribles,

y uno no hace el amor con el impermeable puesto a menos que sea fetichista del plástico. A veces hay días tibios a principios de junio, y si se presenta la ocasión nos damos un beso bajo la frondosidad del bosque de Meudon. Hasta nos dejamos lamer la nuca, pero cuidado con los que disfrutan del malvado gusto de asustarnos.

—No somos chanchos.

Ni tampoco mujeres sometidas de otro tiempo. Vivimos en nuestro tiempo, y nos negamos a quedar embarazadas todos los años para satisfacer los deseos egoístas de los maridos. Los métodos anticonceptivos son buenos para las trotamundos, y el aborto para las chicas de Sodoma. Nosotras preferimos regular los nacimientos con medios naturales, y no se ha encontrado jamás uno mejor que la abstinencia. Nosotras podemos perfectamente no hacer el amor durante años, y toda la vida si es necesario. Además, preferimos de lejos los almuerzos del domingo a las caricias, cuando papá, mamá, hermanos, hermanas, suegro, suegra, cuñados, cuñadas se reúnen alrededor de una perdiz, de una buena botella de vino de los Corbières, e intercambian puntos de vista sobre la presión atmosférica. Cada uno vuelve a su casa un poco amargado por no haber podido hacer prevalecer su punto de vista, pero las personas de nuestro sexo se consideran felices a pesar de todo por haber escapado a la cruel mordedura del pene.

—Nuestro sexo es como un arañazo.

Tenemos miedo del de ustedes, que muchas veces se

pone tan duro cuando se nos acercan. No tienen piedad esas cornudas hirvientes que escupen sus venenos blancos como si fuera cal viva.

—Nosotras no somos tan perversas.

El dolor no nos da placer, y preferimos una taza de té endulzada con una cucharada de miel al licor de ustedes, bueno para marcar a las putas.

## Piedras azules

—Estoy despellejada.

Sufro y no olvido. Incluso la gente que me empuja sin querer me causa un dolor insoportable. Mi marido me dejó hace ocho años y todas las noches insisto en esperarlo, como ese 7 de junio de 1999 cuando definitivamente ya no volvió más. Se fue con una mujer, con un hombre, pero lo más humillante para mí es que no se fue con nadie. Prefirió incluso la soledad a mi presencia. Me dijeron que vivía aislado. Cuando alguien lo veía en algún evento parecía un hombre de hormigón con los ojos brillantes como dos piedras azules. Si le dirigían la palabra, respondía riendo, pero se veía que seguía en su mundo, y que tiraba palabras por la ventana prestando tanta atención como si sacara la basura.

—No me dejó ni siquiera un hijo.

Un esperma miserable, que se niega a ofrecerse, a fecundarme, a mezclarse conmigo hasta la eternidad.

—Nada impide imaginar que un hijo se reproducirá en algún momento.

Y que poco a poco su descendencia se propagará al

infinito. Hacerle un hijo a alguien es darle la ilusión de haberle regalado la eternidad. Me dejó caduca, hoja que ahora ya no está más verde, con manchas ocres que acabarán por extenderse hasta abarcarlo todo, y caeré, muerta y por siempre estéril como la hoja de un plátano.

—Prefiero no hablar de él.

Es una tortura. Un fuego que me consume y que no dejaré que se apague. Lo guardo en mí, lo atizo con mi cólera, con mi amor, con el odio de quienes nunca olvidarán que amaron, e incluso prefiero sufrir a perdonarlo. Si me lo cruzara, sufriría demasiado al verlo, al reconocerlo, y se alejaría como una ola arrastrada, como el trazo que deja la goma después de haber borrado el lápiz.

—Te amo.

Le había dicho, se había quedado en silencio sobre la cama. La mirada dirigida al techo, como si intentara traducirlo a una lengua extranjera. Tenía miedo de decirlo, de mentir, porque un día ya no me amaría más. El amor es tan simple como el amor, no piensa ni reflexiona, y si razonamos antes de amar, sabemos muy bien que nunca amaremos.

—No amaré más.

El amor, mercado de engaños en el que durante mucho tiempo vendí mis encantos, mi juventud, y lloré a borbotones como si hubiera querido lavar la vereda después de que desmontaran todos los puestos.

## Caricias mágicas

Me reprochás que ya no te amo, y ser el padre biológico del bebé que acaba de tener tu hermana la semana pasada. Las amo a las dos, los hombres no escatiman sus sentimientos. Deberías estar encantada con el nacimiento de ese sobrino inesperado, tiene una cabeza ovoide que permite augurar un coeficiente intelectual parecido al mío. Tu hermana es una artista, es tan linda como vos sos sería y aburrida, no dejaría que educara a mi hijo en medio de pintores haraganes y poetas. Cuando deje de amamantar, lo traerás definitivamente a casa y serás su verdadera madre. Empecé los trámites de adopción, en algunos meses tu hermana será para él sólo una tía lejana, y ese niño del amor te encandilará hasta que se transformará en tu hijo preferido.

Nuestros hijos mayores dejarán la casa familiar y se internarán en un pensionado barato en un país emergente. Podremos considerarnos una joven pareja que arranca la existencia empujando un cochecito. Incluso te prometo que haremos el amor, y que poco a poco dejaré a tu hermana, aunque hasta el fin de mis días viva con

nostalgia de su cuerpo joven, del perfume de su piel, de sus caricias mágicas, de sus orgasmos que me licúan de placer como si no fuera más que un chorro de esperma.

—Los chicos ya saben.

Esta tarde un peón vaciará sus habitaciones y llevará sus cosas a un basural. Se toman un avión esta noche, pero te aconsejo que no vayas al aeropuerto. No les va a gustar presenciar el espectáculo de una madre en llanto y fea de tristeza. Cuando vuelvan, ya no los reconocerás, se habrán metamorfoseado en sólidos carniceros, en hábiles carpinteros, en caldereros. Te tomarán del brazo y te harán girar como una hélice. Te sorprenderán sus malos modales, el fuerte acento extranjero, y el vocabulario acotado a cincuenta palabras arrojadas en frases breves como gritos.

—Se acordarán de la distribución del departamento.

Irán a la cocina, vaciarán la heladera, los armarios, utilizando sus gruesas patas de oso como si fueran tenedores, arrasarán latas y botellas de alcohol, saquearán el departamento y luego se desplomarán en la terraza como bestias. Llamarás a la policía. Se mostrarán tan groseros con la policía que morirán durante el arresto. Le dirás a tu hijo que lejos de la civilización sus hermanos se dejaron deslizar poco a poco fuera de la especie humana, y que nadie hace duelo por las ratas, por los escorpiones.

—O por las moscas.